

no siempre optimiza la producción, según apunta Marshall) y el sistema de formación de precios como característico de toda economía (Menger). Por eso aconseja tomar a Marx en serio, desde una perspectiva conservadora, ya que su profecía de un socialismo inevitable carece de contenido: Marx nunca describió una economía socialista y la práctica ha demostrado que toda economía es capitalista, en tanto genera un rendimiento neto del capital (que varía según las técnicas de producción), siendo secundario que se atribuya o no a personas privadas. Más bien encuentra Schumpeter una salida ecuménica en la sociología económica de Pareto (antisocialista que tanto aportó al socialismo), anticipadora del Estado de bienestar.

Vivimos en el presente pero haciendo proyectos de porvenir. Esta dimensión de futuro es la que agrega el siglo XX a la historia del pensamiento económico. Muchas de las observaciones de Schumpeter, formuladas en la primera mitad de la centuria, cobran inédita actualidad, pues su futuro es nuestro presente.

**Sobre la historia**, *Eric Hobsbawm*, traducción de *Jordi Beltrán* y *Josefina Ruiz*, *Crítica*, Barcelona, 1998, 298 pp.

Hobsbawm es un historiador de campo, interesado por el siglo XIX y

obligado, acaso por el flujo de su propia historia, a ocuparse del siglo XX. En estos artículos se encamina hacia asuntos teóricos, epistemológicos y de método histórico. Austriaco de formación anglosajona, la teoría no es su fuerte ni su preferencia, pero resulta inevitable en todo debate intelectual, y la Historia los ha conocido intensos en su propia y paradójica historia.

Los mejores aciertos del teórico Hobsbawm son, en efecto, paradójicos. Defiende como suprema la concepción materialista histórica de Marx, pero tal como la formuló Ibn Jaldún en el siglo XIV (el razonamiento es atribuible a un personaje de Borges). Pero se aclara: el marxismo es la concepción de la historia como un proceso en que los hombres son sujetos de la historia (éste es su poder y es su libertad) y objetos de la historia (ésta es su impotencia y es su servidumbre), además de que el historiador está sometido a la sociología del conocimiento, es decir a la explicación que la historia propone del saber histórico, convirtiéndolo en una historia interminable, nunca definitiva.

Como práctica, la historia es una narración ficticia que se vale de documentos fidedignos. Ficticia porque el pasado es una ficción hecha desde el presente y variable, según varía el mismo presente. La historia no es inevitable pero se torna inevitable, por lo que sólo caben sus previsiones como tenden-

ciales y no como proféticas. Desde luego, esta posición excluye cualquier pretensión científica del historiador (modestamente definido como investigador erudito del pasado) y sustrae a la historia del ámbito positivista, donde es considerada una ciencia natural, perfectamente predictiva.

Hobsbawm libra también sus combates particulares: contra el posmodernismo, contra el relativismo cultural y contra el nacionalismo, para el cual el pasado sí es cognoscible y siempre igual a sí mismo.

**Heidegger y el judaísmo. La tolerancia compasiva, Reyes Mate, Ed. Anthropos, Barcelona, 1998, 140 pp.**

Racista complaciente y vergonzante, Heidegger sólo aceptaba que se pudiese filosofar en griego, alemán y algo en latín. Reyes Mate explora una coincidencia que habría puesto de los nervios al tenebroso maestro de Freiburg: su parentesco intelectual con algunas tradiciones del pensamiento judío. Más concretamente: el espíritu o fantasma (*Geist*, antiguo *Gheis*) que coincide con el *ruah*, poder creador y aniquilador que sintetiza el eros y el tántos (síntesis debida a otro judío, Freud); el pensamiento como reminiscencia o memoria; y el lenguaje como proceso de recuperación del origen, de lengua paradisiaca perdi-

da en el olvido de la historia, que es olvido del ser.

En su paciente labor para rescatar la denegada judeidad de Occidente, Reyes Mate acude a un soslayado pensador contemporáneo de Heidegger y hartamente menos célebre: Franz Rosenzweig, cuyo libro *Estrella de la redención* ha sido por fin traducido al español (Sígueme, Salamanca, 1997). Rosenzweig, soldado en la primera guerra mundial y muerto en 1929, repensó el mito del sabio Natán de la comedia de Lessing como una incitación a construir la categoría de tolerancia a partir de la experiencia histórica de la intolerancia. Con ello cuestionó la adherencia de la Ilustración, que hizo de la tolerancia una categoría apriorística racional.

Ambos pensadores, el judío y el antisemita, piensan una similar crítica al pensamiento ilustrado, cuya crisis tuvo contornos sangrientos, precisamente, en aquella guerra. Mate va más allá y señala cuánto de judaico hay en el rector de Marburgo y de qué manera todos somos un poco todos, por ejemplo judíos.

**El naufrago ilusionado. La estética de José Ortega y Gasset, Rafael García Alonso, Siglo XXI, Madrid, 1998, 257 pp.**

Dentro del profuso mundo orteguiano, la reflexión sobre la estética

es insistente, a partir de su primer texto, las *Meditaciones del «Quijote»*. En especial, durante los años veinte, el filósofo, al ritmo de la beligerancia vanguardista y el balance patético de la guerra mundial, se concentra en temas de aquella disciplina.

García Alonso intenta sistematizar el pensamiento orteguiano en materia estética y, más concretamente, poética, haciendo interferir la tarea del escritor en el campo de la filosofía, es decir mostrando la «literatura» orteguiana como una vía de acceso al saber. En sentido más estricto, define la estética de Ortega a partir de algunas constantes: la conciliación de lo subjetivo (gozo) con lo objetivo (belleza); el predominio de la forma sobre la materia; la autonomía del arte y su propensión al hermetismo; su múltiple distancia de un mundo del que, sin embargo, es parte, porque lo enriquece con objetos «irreales», sin referencias previas.

Desde luego, Ortega supone y a veces ejerce una radical crítica de todo realismo y propende a defender un arte «deshumanizado» en tanto el modelo antropológico no es ya su referencia central. En este sentido, sirve como señal de una crisis del humanismo clásico, aunque la sensibilidad orteguiana es clásica en tanto busca la claridad y la nitidez formales.

Para situar esta zona del pensamiento orteguiano, García Alonso

explora sus fronteras: la antropología del deporte y la fiesta, la noción de historia y de realidad histórica, el ser y el devenir, y la obsesiva e inconclusa vocación de Ortega por establecer una filosofía que permitiera pensar la vida, la inaferrable e inefable vida.

Una necesaria labor de sistematización es cumplida por este libro que se abre a los interrogantes contemporáneos en cuanto a praxis del arte y función/localización de la crítica estética, mostrando cuánto de acuciante actualidad sigue proporcionándonos el meditador del *Quijote*.

B. M.

**La estrategia de la postmodernidad en Eduardo Mendoza, Miguel Herráez, Barcelona, Ronsel, 1998, 199 pp.**

*La estrategia de la postmodernidad en Eduardo Mendoza* es el primer ensayo de Miguel Herráez, que viene respaldado por el galardón del Premio Internacional de Ensayo «Juan Gil-Albert» y un elogioso prólogo de Germán Gullón. Con este estudio se llena un espacio que quedaba vacío entre los múltiples títulos que sobre la novela española actual se han publicado en los últimos años. Porque el libro de Herráez supone una rigurosa síntesis

sis de las distintas tendencias que caracterizan el amplio espectro de la novelística española de los años setenta, y enlaza la singular obra de Eduardo Mendoza con la evolución del discurso novelístico que en España se desarrolla a partir de los años 50.

El libro parte con el propósito de aclarar el estado de la cuestión acerca de la encrucijada que forman los diferentes discursos narrativos que marcan la segunda mitad de este siglo en España bajo el membrete de «narrativa de postguerra». Las distintas modalidades que el discurso narrativo adquiere quedan clarificadas desde una nueva óptica crítica en las primeras páginas del libro. La pertinencia de este desgajamiento introductorio queda justificado en tanto que las novelas de Eduardo Mendoza se codifican, para Herráez, mediante la conjugación del retorno a la anécdota tradicional, la construcción de una trama al estilo clásico, con las claves de una enunciación narrativa de enorme novedad: «Hablamos, en Mendoza, del final de un proceso cuyos márgenes vienen determinados por el origen de las diversas propuestas de ruptura que se anuncian y arraigan en los años sesenta». De este modo la narrativa de Eduardo Mendoza encajaría en el panorama novelístico español como un alejamiento de los modelos de la generación del 50 (la obra de escri-

tores como Luis Martín Santos o Juan Benet), y el asimilamiento de las nuevas propuestas narrativas procedentes de los autores del *boom* hispanoamericano con nombres como Cortázar, García Márquez, José Donoso o Vargas Llosa. Resulta por este motivo crucial el discurso de Eduardo Mendoza, ya que, como señala Gullón, «su trabajo nos ayudará a las letras españolas a salir de la encrucijada, porque en cierta medida hará lo mismo que venían haciendo los hispanoamericanos, experimentar con los elementos de la ficción y al mismo tiempo acoplar los mensajes nuevos».

El tratamiento de lo histórico como cuestionamiento de los presupuestos sociales en vigencia es lo que le permite a este autor calificar la narrativa de Eduardo Mendoza como un discurso postmoderno, ya que el presupuesto del que arrancan relatos como *La verdad sobre el caso Savolta* muestran una nueva apreciación del discurso tradicional que modela la trama según el desenmascaramiento de una realidad que ha quedado desfasada ante la caída de los grandes ideales que no sirven ya de resorte explicativo de la realidad moderna que nos rodea. Por ello, el cultivo de la historia tradicional, el regreso a la anécdota, la revitalización de las novedosas perspectivas y procedimientos narrativos, caracterizan,